

Santo Domingo de Guzmán visto por un testigo de su vida

Cándido Ániz, OP

Presentación

Declaración hecha en Bolonia el año 1233

El día ocho de agosto se celebra en la Liturgia de la Iglesia la fiesta de Santo Domingo de Guzmán (o de Caleruega). Nació por el año 1170, fundó la Orden de Frailes Predicadores en 1215, murió en 1221, y fue canonizado en 1234.

Por mandato del Papa Gregorio IX, en 1233 se hizo el proceso de reconocimiento de sus méritos y virtudes, y numerosos testigos -que acudieron a Bolonia y a Tolosa- dieron fe de su vida heroica excepcional.

Nosotros, en este mes de agosto del año 2002, como homenaje a tan excepcional figura del santoral y de la historia de la Iglesia, vamos a recoger en esta página el juicio de valor que sobre él hizo, un testigo, el fraile fray Ventura de Verona, en Bolonia, ante el tribunal eclesiástico formado por el maestro Tancredo, arcediano de Bolonia, Tomás, prior de Santa María de Reno, y fray Palmiero, de la iglesia de Campagnola, pertenecientes respectivamente a las diócesis de Bolonia y Reggio.

Dividimos el texto en varios párrafos que pueden servirnos de base para reflexiones muy personales y profundas.

¿Quién era ese fraile, fray Ventura, que nos va a hablar?

Sabemos que era un presbítero culto, prudente, sensible a los problemas humanos y exigencias del Espíritu, el cual, al conocer el programa fundacional de santo Domingo, se entregó a él.

De Domingo recibió el hábito y en sus manos hizo profesión de obediencia en 1219 ó 1220.

A los pocos meses de profesar, fue enviado al capítulo general de 1220, convocado por santo Domingo para dar estructura plena a la Orden por él fundada.

En el capítulo general siguiente, dc 1221, le hicieron prior de San Nicolás de Bolonia, un lugar predilecto de santo Domingo. Posteriormente fue también prior provincial de Lombardía.

En el Proceso de canonización de Domingo, fue recibido y escuchado como Testigo el día 6 de agosto de 1233, fecha en que era nuevamente prior de Bolonia.

El texto de su testimonio, como observará cualquier lector atento, se refiere casi exclusivamente a los dos últimos años de la vida de Domingo (+ 1221). Es el periodo en que el testigo compartió con Domingo oración, trabajo, viajes y preocupaciones.

Hay que tomarlo, por tanto, como expresión de la intensidad de vida apostólica y comunitaria de Domingo "Fundador y Maestro de la Orden de Predicadores", en los años 1219-1221.

El texto de la declaración del testigo lo dividimos en 9 párrafos, subrayando en cada uno un aspecto principal de la espiritualidad y vida de Domingo en sus dos años últimos

1. Relación humana y espiritual entre fray Ventura y fray Domingo.

"Hecho el juramento de rigor, el testigo dijo:

Hace trece años que entré en la Orden de Frailes Predicadores.

Entré porque me persuadió a ello y me aconsejó hacerlo fray Domingo, fundador y primer maestro.

De sus manos recibí el hábito y en sus manos hice la profesión. Fray Domingo tenía entonces, después del Papa, plena potestad para dispensar, legislar y corregir en toda la Orden de Frailes Predicadores.

En aquel mismo año {1220} estuve presente en el primer capítulo general de la Orden, que se celebró en Bolonia. En ese capítulo, a fray Domingo le pareció bien que se constituyeran algunos definidores con plena potestad -sobre la Orden, sobre el mismo maestro, y también sobre los mismos capitulares- para definir, establecer, ordenar y castigar, salvando siempre la reverencia debida al Maestro.

Después viví con fray Domingo en la ciudad de Bolonia, y viajé con él fuera de la ciudad por la provincia de Lombardía.

Me unió con él gran familiaridad en las salidas y retornos, en los descansos durante el viaje, en el comer y beber, en el tiempo del descanso y en la oración.

2. Cómo era Domingo en sus viajes

Dijo luego el testigo

Domingo, cuando iba de camino, les quería exponer a casi todos los que le acompañaban, por sí o por medio de otros, la Palabra de Dios. Lo sabe porque con frecuencia fue testigo de ello.

Mientras viajaba, quería siempre disertar, hablar de Dios, enseñar, leer u orar.

En sus viajes casi todos los días celebraba la Misa, si encontraba iglesia. Y cuando cantaba la Misa derramaba muchas lágrimas, como pudo comprobar el mismo testigo.

En llegando al lugar de hospedaje, si había allí iglesia, iba siempre a orar.

Casi siempre que se encontraba fuera del convento, al punto de oír el primer toque de maitines en los monasterios, se levantaba y despertaba a los frailes, y celebraba con mucha devoción el oficio diurno y nocturno, sin dejar nada.

{Por la noche} tras las completas guardaba silencio y procuraba que lo observaran sus compañeros de viaje, como si se encontraran en el convento.

Caminando por la mañana, guardaba silencio y lo hacía guardar a sus frailes casi todos los días, hasta la hora de tercia.

Cuando iba de camino se acostaba sobre paja, y lo hacía vestido y calzado, tal como andaba durante el día. Cree el testigo, sin embargo, que se quitaba los zapatos.

En los viajes observaba ayuno continuo, desde la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz hasta Pascua de Resurrección, además de los ayunos prescritos por la Iglesia en tiempo de verano, y todos los viernes.

Comía lo que le ofrecían de comer por el camino, sin mostrar desagrado. Pero no comía carne, ni alimentos condimentados con carne o grasa, si lo advertía.

Y cuando en los viajes era deficiente la comida o bebida, lejos de quejarse, exteriorizaba su alegría. El testigo lo sabe porque advertía todo esto cuando le acompañaba.

3. Domingo con sus frailes y en su convento

Domingo, si estaba de camino, *cuando llegaba a un lugar donde tenían convento los frailes*, no iba enseguida a descansar, como hacen algunos, sino que, convocándolos, les hacía una exhortación y les exponía la Palabra de Dios, proporcionándoles con ello gran consuelo.

Cuando *estaba de residencia por un tiempo en un convento*, se ajustaba a la comunidad en el alimento y la mesa, y observaba la regla de un modo íntegro y plenísimamente, y se esforzaba para que sus frailes la observaran.

Todo esto lo sabe el testigo porque lo observó, y nunca recuerda que se le viera u oyera hacer o decir lo contrario; *ni oyó u observó nunca que dijera una palabra ociosa o injuriosa, o que desacreditara a nadie.*

4. Cómo era Domingo, a juicio del testigo

Dijo también el testigo:

Fray Domingo era **sabio, discreto, paciente y benigno, muy misericordioso, muy familiar, sobrio y justo.**

Hasta tal punto era así que el testigo cree no haber conocido en toda su vida a hombre alguno que, consideradas todas las condiciones, poseyera en más alto grado todas las virtudes, aunque había visto y conocido a buenos religiosos en diversas partes del mundo.

Además, añadió que durante la enfermedad de la que voló al Señor escuchó a Domingo en confesión general de todos sus actos, estando presentes y escuchándola muchos sacerdotes, y por ella cree que *nunca pecó mortalmente*.

Aún más, el testigo alberga también la convicción de que *Domingo fue siempre virgen*; y esto lo cree por la mencionada confesión general que le oyó. Después de la confesión, Domingo dijo a este mismo fraile en secreto: «*Hermano, he pecado por hablar públicamente ante los frailes de mi virginidad, lo cual no debía haber dicho*».

5. Domingo y su relación de amistad con otros religiosos

Dijo también el testigo que cuando Domingo estaba de viaje, visitaba las casas religiosas de cualquier Orden que fuesen, y les predicaba y exhortaba al bien.

Esto lo vio hacer con muchísima frecuencia.

Y agregó que, si algún fraile de su Orden o de otra, se encontraba tentado o turbado, y le consultaba sobre el particular, Domingo les exhortaba muy bien, de tal modo que casi todos se iban de su lado muy consolados;

y esto lo vio muy frecuente mente en el recorrido que hicieron por la provincia de Lombardía, a saber, en Milán, la Colomba y en otros muchos lugares.

6. Domingo: padre, asceta, orante, suave de trato

Dijo asimismo el testigo:

Domingo casi todos los días, a no ser que se lo impidiera una gran necesidad, tenía una *predicación y exhortación* a los frailes, *llorando mucho y haciendo llorar a los demás*.

Era *celador de la regla* y castigaba con rigor las faltas de los frailes; pero cuando imponía las penitencias lo hacía con tanta *dulzura y benignidad* que todos las sobrellevaban con paciencia.

Atestiguó, además, que era *asiduo en el oficio divino*, siguiendo su recitación coral. Y añadió que desconocía que Domingo tuviera alguna vez *lugar propio para descansar*, a no ser durante la enfermedad; y que no era fácil que lo tuviera sin que él {*prior*} hu biera llegado a saberlo.

Pasaba la mayor parte de la *noche en oración*, y pernoctaba muy frecuentemente en la iglesia; lloraba mucho en la oración.

Interrogado cómo lo sabía, respondió que con mucha frecuencia le encontró *orando en la iglesia y llorando*, y algunas veces *durmiendo*, cuando el sueño le vencía; y que, por las muchas vigiliás precedentes, con mucha frecuencia *dormitaba en la mesa*.

7. Actitud ejemplar y heroica en la enfermedad

Dijo también el testigo:

Hacia finales del mes de julio, creo, regresó fray Domingo de la curia del señor Hugolino, entonces obispo de Ostia y legado de la Sede Apostólica, y ahora Sumo Pontífice, que estaba en Venecia, como cree con plena certeza.

Volvió muy cansado, pero, a pesar del cansancio, conversó con el testigo, que entonces era nuevo prior, y con fray Rodolfo, durante gran parte de la noche acerca de la situación de la Orden.

Como el testigo quisiera irse a dormir, rogó a fray Domingo que fuera a descansar, y que no se levantara por la noche a maitines; pero él no accedió a sus ruegos y entró en la iglesia, y pasó la noche en oración; y asistió a maitines, como oyó decir a los frailes y al mismo fray Domingo.

Después de maitines dijo al prior que le dolía la cabeza. Desde entonces comenzó a debilitarse a ojos vista, a causa de la enfermedad de la que voló al Señor.

Postrado por la enfermedad, no quiso acostarse en el lecho, sino sobre un jergón.

Hacía llamar a su presencia a los novicios y los consolaba y exhortaba al bien, con dulcísimas palabras y alegre semblante.

Soportaba aquella y otras dolencias con tanta paciencia, que ni se quejaba ni gemía, aún más, se le veía siempre alegre y contento.

Añadió el testigo que, agravada la enfermedad, le hicieron llevar a Santa María del Monte, que era un lugar más sano. Pero, como creyera morir, llamó a este prior {el testigo} y a los frailes. Acudieron allí cerca de veinte frailes con el prior, y, estando próximos a él, comenzó a predicarles.

Acostado como estaba, les dirigió un sermón muy bueno que movía a compunción.

El testigo no le había oído nunca un sermón tan edificante; cree que fue entonces cuando le administraron la santa Unción.

8. Morir, y ser enterrado a los pies de los hermanos

El testigo prosiguió:

Escuchóse por algunos, que el monje rector de aquella iglesia de Santa María del Monte había dicho que si moría allí Domingo, no permitiría que le trasladaran a otra parte, sino que lo haría sepultar en su iglesia.

Referido lo cual por el prior a fray Domingo, éste respondió:

«Lejos de mí que sea sepultado en otro lugar que bajo los pies de mis frailes; llevadme fuera para que muera en aquella viña, y así podáis sepultarme en nuestra iglesia».

Entonces, tomándolo consigo, lo llevaron de nuevo a Bolonia, a la iglesia de San Nicolás, temerosos de que muriera por el camino.

Llegados allí, permaneció en estado estacionario alrededor de una hora.

Pasado ese tiempo, hizo llamar al prior, y le dijo: *«Preparaos».*

Preparados el prior y los demás frailes para la recomendación solemne del alma, y llegados ante él, el mismo fray Domingo les dijo: *«Esperad todavía».*

Así lo hicieron, diciéndole el prior:

«Padre, sabes que nos dejas desolados y tristes, tennos presentes para que ruegues por nosotros al Señor».

Entonces Fray Domingo, elevando los ojos y las manos al cielo, dijo:

«Padre Santo, con gran placer he perseverado en el cumplimiento de tu voluntad, y he guardado y conservado a los que me diste; yo te los recomiendo, consérvalos y custódialos».

Agregó luego el testigo que había oído a los frailes decir que, cuando le rogaban que pidiera por ellos, les respondió:

«Os seré más útil y provechoso después de la muerte, de lo que lo haya sido en vida».

Tras un breve espacio de tiempo, dijo fray Domingo al prior y a los frailes: *«Comenzad».* Y comenzaron a hacer solemnemente el oficio de la recomendación del alma. El testigo se muestra convencido de que fray Domingo recitaba el oficio con ellos, pues movía los labios.

Domingo murió durante la recitación del oficio, y cree firmemente el testigo que entregó su espíritu mientras decían las palabras: *«Venid, santos de Dios; corred, ángeles del Señor, recibid su alma para presentarla ante la morada del Altísimo».*

El testigo cree que aconteció por la benignidad y providencia de Dios, que estuvieran presentes en su entierro el señor Hugolino, obispo de Ostia y ahora Papa, y el señor patriarca de Aquileya, y muchos venerables obispos y abades. El señor obispo de Ostia, ahora Papa, celebró la Misa, encomendó su alma, e hizo el oficio de exequias. En la pasada fiesta de San Sixto hizo doce años que emigró al Señor.

9. Domingo, gran celador de las almas

Dijo finalmente el testigo:

Era tan grande en Domingo su *celo por la salvación de las almas*, que hacía llegar su caridad y compasión, no sólo a los frailes, sino también a los gentiles e infieles y a los condenados en el infierno, llorando mucho por ellos.

En lo que a sí mismo se refería, Domingo sentía con urgencia el deber de la predicación; y, respecto de los demás, procuraba enviarlos a todos a predicar, de tal modo que él deseaba ir a tierras de paganos.

Interrogado cómo sabe esto, respondió que lo sabe porque lo escuchó de él y de los demás frailes, y porque con frecuencia participó en tales conversaciones con él, y asistió a conferencias en que trató de este tema".

Cfr. Santo Domingo de Guzmán, en BAC
Proceso de canonización. Testigo I

***En este momento de la historia,
año 2002 de la Redención,
hazte presente, Domingo, en la Iglesia:
ilumina nuestras mentes con divina luz,
inflama nuestros corazones con santo celo,
y enséñanos a actuar con prudencia y ternura,
con exigencia y rigor, y sin desmayo,
para que Cristo reine más cada día en la tierra
por Él conquistada con su sangre.***